Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)

CLAUSURA DEL COLEGIO PIO XII

MINISTERIO DE HACIENDA Y CREDITO PUBLICO
BIBLIOTECA
DIRECCION GENERAL DEL PRESUPUESTO

Discurso pronunciado por el doctor Jaime García Parra, Ministro de Hacienda y Crédito Público, en Cali, el 24 de junio de 1980.

Debo confesar que llego a esta tribuna con cierta timidez. En ella han participado personas de mayor trayectoria política e intelectual que la mía. Además, he leído con atención las diversas exposiciones que desde 1960 hasta nuestros días han hecho distinguidísimos colombianos, algunas de las cuales están recogidas en un libro intitulado "Estamos ante una Revolución". Pienso que mi enfoque sobre el desenvolvimiento del país se aparta de muchas de las apreciaciones con que a lo largo ya de más de veinte años se ha hecho esta clausura de estudios.

Desde hace algunos lustros y con renovado énfasis en la actualidad, nuestros problemas y perspectivas se analizan con un estilo apocalíptico. Este consiste en desacreditar, o en "cuestionar", como dicen ahora, todo cuanto ha hecho y está haciendo Colombia y en predicar que al país no le pueden ocurrir sino desgracias y que es necesario un replanteamiento radical, generalmente centrado en proponer que el Estado asuma la solución de todos los problemas.

Parecería como si algunos representantes de la clase dirigente, al fin y al cabo responsables en mayor o menor grado del desenvolvimiento del país, creyendo que la única fórmula de movilizar la opinión colombiana es la de hacer el inventario de todo cuanto hace falta en un país en vía de desarrollo, o la de exagerar situaciones que a todos nos conmueven.

Siempre se pronostica que puede pasar lo peor, jamás que las cosas pueden mejorar, que el país se ha superado y que tiene condiciones, capacidades y posibilidades de vencer difíciles circunstancias, como lo ha demostrado fehacientemente en los últimos treinta años.

A esta ejecutoria me refería durante la Reunión del Grupo de Consulta de París, el año pasado, tres décadas después de una de las primeras evaluaciones globales de nuestro desenvolvimiento.

Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)

En 1949, Colombia era una nación rural de once millones de habitantes, 70% de ellos trabajando un área agrícola reducida, y no muy eficientemente utilizada. La población, a pesar de las altas tasas de natalidad, apenas crecía al 2.15% anual, como consecuencia de la elevada mortalidad.

Con los avances en materia de salubridad a partir de 1950, el país vivió una explosión demográfica hasta comienzos de la presente década, crecimiento que en algún momento llegó hasta el 3.5% anual.

La población aumentó de 11 a 26 millones de habitantes en treinta años. El desenvolvimiento del país tuvo que hacerse en medio de esas difíciles circunstancias.

Hoy un colombiano tiene la esperanza de vivir 18 años más que en 1950 y la probabilidad de muerte para los niños menores de un año ha disminuído en 60%. El índice de analfabetismo se redujo a menos del 20% dentro de la población adulta. El porcentaje del gasto público en salud y educación, pasó del 11% del presupuesto nacional en 1950 al 26.8% en 1979.

En las zonas urbanas hay más acueductos, más alcantarillados y más energía eléctrica, de la cual alcanza ya a beneficiarse el 98.9% de los habitantes de las grandes ciudades. Todo esto a pesar de que el país dobló los habitantes de sus ciudades una vez entre 1950 y 1964 y lo hará otra vez entre 1964 y este año, dos veces en treinta años. La población del país, que era rural en 70%, pasó en este lapso a ser del 70% urbana.

La capacidad instalada de energía eléctrica era de 241.000 kilovatios y la de hoy es 150 veces más grande. El pavimento en las carreteras no llegaba a 700 kilómetros, ahora pasa de 7.900 kilómetros.

En aquella época, el 50% de los trabajadores no sabía leer ni escribir. Pero en el período en referencia la fuerza de trabajo pasó de 3.7 millones a 6.5 millones y el número de trabajadores con educación primaria aumentó en 80%, el de los trabajadores con educación secundaria o vocacional en 275% y aquellos con estudios universitarios en 617%.

Por último, el ingreso por habitante, en dólares constantes, pasó de US$ 146 en 1950 a US$ 763 en 1979. En otras palabras, de un nivel muy bajo de ingreso por habitante, probablemente

Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)

uno de los inferiores de América Latina en 1950, Colombia ha logrado mejorar su producto por habitante y las circunstancias sociales de su población, no obstante haber enfrentado un vertiginoso crecimiento urbano. Estos resultados se han conseguido dentro de un sólido marco de democracia política y manteniendo niveles de inflación relativamente moderados.

Todo esto sobresale aun más sí se recuerda que Colombia no tiene riquezas espectaculares. El país no ha crecido a la sombra del petróleo, ni de la gran minería, ni tampoco de una ayuda externa masiva como la que el Plan Marshall dio a los europeos.

Por el contrario, ha tenido que depender exclusivamente de su trabajo y de un esfuerzo realizado en condiciones por demás adversas, porque nuestra abrupta geografía ha hecho inmensamente difícil y costoso el transporte y la integración de los mercados.

Si todo es así, como lo demuestran las cifras que me han permitido recordar a ustedes en el día de hoy, las cuales registran inequívocamente el progreso y el desarrollo del país en todos los campos, ¿a qué se debe entonces que estemos oyendo hablar permanentemente del fracaso nacional? ¿Por qué lo positivo se desconoce y muchas veces se tergiversa para presentarlo como negativo? Un análisis completo de este fenómeno de interpretación de la realidad nacional comprende muchos aspectos sociales, políticos, económicos y desde luego históricos. No pretendo agotarlos haciendo una presentación exhaustiva. Deseo simplemente exponer algunas preocupaciones. Entre ellas está el hecho de que el aparato del Estado ha venido asumiendo una diversidad de funciones, cada vez más complejas, creándose la idea en la ciudadanía de que las instituciones oficiales deben resolver todos los problemas del país. Se ha formado una conciencia de estado paternalista cuyos efectos veo con preocupación, porque se confunde el país con el Estado y se sacan conclusiones erradas sobre el primero, con base en fallas que sólo le son aplicables a la extensión excesiva de este último.

Existe, por lo tanto, una deformación del cuadro de nuestros problemas, donde se enfatiza y resalta lo malo y se olvida o tergiversa lo favorable, con el agravante de proponer como única solución la intervención adicional del Estado, olvidando la existencia del doloroso ejemplo a que esta fórmula condujo a múltiples naciones de distintos continentes.

Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)

La historia nos enseña que todas las sociedades buscan destacar sus éxitos y no sus fracasos. Por eso siempre me ha parecido de la mayor importancia contrarrestar la tendencia pesimista. Tengo la convicción de que mirando retrospectivamente las circunstancias en que ha tenido que desenvolverse Colombia se observan más éxitos que fallas. No quiero decir en ningún caso que podamos cerrar los ojos al hecho de que hay un largo camino por recorrer y que enfrentamos dificultades que es necesario allanar en el propósito de mejorar el nivel y la calidad de vida de los colombianos. Claro está que hoy y mañana habrá un campo infinito por cubrir en todas las áreas del bienestar y la justicia social. Pero siempre se debe tener claridad sobre la brecha entre las expectativas creadas por los medios de comunicación con las posibilidades de un país como el nuestro. Lo esencial consiste en que el balance sea equilibrado, señalando el bajo nivel donde arrancamos y la clase de dificultades que hemos tenido que superar en el camino, para que las conclusiones sean objetivas. El hecho de que el país tenga problemas, de lo cual somos obviamente conscientes, no debe confundirse con la idea de que nada se ha hecho y que nuestro destino es oscuro.

Siempre he creído profundamente equivocado debilitar la confianza de los colombianos en sí mismos y, mucho más grave todavía, crear en el alma de las nuevas generaciones, la noción de que este es un país incapaz, débil, deformado, al cual sólo le esperan las peores cosas y un futuro lleno de catástrofes. Me pregunto qué efecto tendrá sobre el alma de los jóvenes que apenas asoman a la vida, una visión tétrica de nuestro futuro, en donde por ninguna parte, por lo menos en la boca de los profetas del desastre y de los demagogos de turno, se vislumbran soluciones ni nada constructivo en la patria que les cupo en suerte. La vida es desde luego el presente y el futuro, pero los hombres y los pueblos necesitan, como los árboles, raíces que los nutran y los sustenten en la hora de los vendavales. ¿Por qué entonces debilitarlas?

En otras latitudes, aun en las naciones más azotadas por miseria y dificultades que a diferencia de las nuestras son probablemente insolubles en cientos de años, se encuentra uno con que las clases dirigentes y las gentes del común reiteran su fe en la comunidad, y viven subrayando los logros que han alcanzado y el convencimiento de que la suya es una nación capaz de superar esas barreras. Así ocurre en la India. Y en nuestra Amé-

Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)

rica Latina uno ve, por ejemplo, al Brasil asediado de problemas estructurales y coyunturales, pero con toda su clase dirigente y sus gentes identificadas con los valores nacionales, con la capacidad de la nación para superar los obstáculos, llenos de un espíritu positivo que se resume en la frase tan común a ellos de que desde el fútbol hasta sus máquinas y desde sus paísajes hasta sus gentes son siempre "lo mejor del mundo".

Por todo ello es tan necesario fortalecer la fe de los colombianos en su patria y la confianza en sí mismos, formando al mismo tiempo una sólida conciencia en torno al hecho de que no hay soluciones mágicas que curen todos nuestros males y satisfagan todas nuestras aspiraciones y, menos aún, que está solo en manos del Estado ponerlas en práctica. No se debe ni destruir la confianza de los colombianos en sus grandes capacidades e iniciativas ni crear expectativas infundadas en la competencia del Estado. Este debería ser el mensaje de la dirigencia nacional hacia la juventud.

No me cabe duda que Colombia tiene hoy mejores bases que nunca para enfrentar sus desafíos. Limitándome al campo económico y demográfico, se encuentra que el país parece haber superado dos factores que durante muchos años constituyeron los mayores obstáculos y carga para nuestro desenvolvimiento económico.

Me refiero al cuello de botella del sector externo, es decir, la crisis de divisas, que por muchísimos años no permitió a nuestro país avanzar a un mejor paso y, de otro lado, al crecimiento de la población que condujo en el pasado a que cualquier esfuerzo se diluyera en el creciente número de compatriotas.

La política de estímulos para diversificar las exportaciones y el mejor comportamiento del sector cafetero, que hoy exporta cerca de 12 millones de sacos de café al año, contra seis o siete hace poco tiempo, han facilitado un cambio sustancial. Mientras las reservas del país eran negativas en 1967 y apenas llegaban a 420 millones de dólares en 1974, hoy superan 4.600 millones de dólares. Tales reservas constituyen una liquidez que nos permitirá vivir y crecer en los próximos años, mientras se llega el momento en que los nuevos desarrollos mineros, particularmente en el campo del níquel, el gas y el carbón nos garanticen un equilibrio del sector externo, cualquiera que sea la suerte de

Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)

nuestra producción petrolera. Interroguémonos sobre cuál sería la perspectiva del país si en lugar de esas reservas internacionales mantuviéramos una posición negativa de divisas con el agravante de la importación creciente de combustible que puede llegar a 1.000 millones de dólares en este año y a 1.500 millones o 1.800 millones de dólares en 1983. Las reservas constituyen, por consiguiente, un respaldo que es necesario vigilar cuidadosamente mientras superamos el proceso de transición en materia de combustibles.

En el campo demográfico, el menor crecimiento de la población permite ahora que el avance de la producción nacional se refleje en el mejor estar de cada uno de los colombianos.

Entre 1950 y 1965 la población creció a una tasa superior al 3% anual y la economía alrededor del 4.6% anual, es decir, que el aumento del ingreso promedio fue del 1.6% por habitante, lo cual significa que para duplicar el nivel de vida de los colombianos se necesitarían 42 años. Pero en los últimos 15 años esa situación se ha modificado muy favorablemente: la expansión económica resulta superior a un promedio del 6% anual y a la vez la expansión demográfica bastante menor, factores que nos han conducido a un crecimiento del ingreso **per-capita** del 3.5% anual. Esto significa que ahora tenemos la perspectiva de duplicar el nivel de vida de los colombianos en solo 14 o 18 años.

Ante los jóvenes que hoy se gradúan en el Colegio Pío XII, dirigido por la experta mano del Padre Bernal, he querido destacar aspectos positivos de nuestra vida, de nuestro proceso económico en los últimos 30 años para visualizar objetivamente el desenvolvimiento del país, no obstante las grandes dificultades que hemos encontrado y al propio tiempo hacer mención de factores actuales que nos llenen de aliento cuando miremos el futuro. Hoy, en un mundo convulso y difícil, frente a obstáculos propios y ajenos, Colombia tiene recursos y condiciones que nos conducen a pensar que saldremos adelante en el empeño colectivo de mejorar la condición de todos en medio de una patria amable y abierta.

Se me dirá seguramente que soy un optimista. Me quedo con el calificativo y prefiero esa actitud a la del negativismo frente a todo. Siempre he creído que la juventud instintivamente va señalando el camino de los pueblos y me reconforta, cada vez

Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)

que me encuentro con ella, vislumbrar un sano optimismo sobre el país, a pesar de los negros nubarrones que pretenden mostrarnos en el horizonte.

Mientras algunos minan la confianza nacional, propagan su pesimismo y elevan su crítica a todo cuanto ha habido y hay en nuestra nación, los jóvenes instintivamente sienten lo contrario. Me confundo con ellos, y encuentro respaldo en un estudio que sobre la juventud realizó en Colombia una importante firma el año pasado. Dicho estudio se dirigió hacia las gentes menores de 25 años, que hoy representan el 59% de la población total, es decir, 16 millones de colombianos.

De las respuestas dadas se desprende que los jóvenes colombianos son optimistas, sienten que el presente es mejor que el pasado y que el futuro será más promisorio. Ven a su país, el mundo y la vida en general, en una forma muy realista.

Estoy de acuerdo con los jóvenes y como lo he reiterado hasta la saciedad, pienso que si el país fue capaz en los últimos treinta años, y más aceleradamente en los últimos diez, de superar múltiples obstáculos en condiciones adversas, no hay razón para pensar que no pueda hacerlo ahora, cuando contrariamente a lo que muchos sostienen, el horizonte es más despejado que aquel que vislumbramos en la década del 50, o en la de los años sesenta y aún a comienzos de la década que acaba de concluir. No soy de los que creen que aquí puede pasar lo peor, salvo que el país caiga en manos de los negativistas y los promeseros. Creo que en Colombia puede pasar lo mejor dentro de nuestras limitaciones, si adquirimos la conciencia plena de que no hay soluciones mágicas y de que no hay alquimia que reemplace la probada realidad de que los pueblos para desarrollarse y progresar requieren de esfuerzos y disciplina, de tenacidad y paciencia y de confianza en sí mismos.

Mil gracias.

Ministerio de Hacienda y Crédito Público (Colombia)